

La cosecha de las ciencias

Dr. Omar López Mato

Los argentinos nos caracterizamos, entre muchas otras cosas, por desperdiciar las oportunidades que se nos presentan. Hijos de la abundancia, alguna vez escuchamos que el país se salvaba con dos buenas cosechas y lo peor del caso es que nos lo creímos. Somos ricos y por eso despilfarramos. Esa ilusión de bienestar nos hace postergar el inicio de nuestra reactivación, total, la dieta puede empezar el lunes y el martes nos ponemos a trabajar. Ortega y Gasset, que tanto tiempo vivió entre nosotros, bien nos aconsejaba “Argentinos, a las cosas” y esto lo dijo en nuestros tiempos dorados. De visitar hoy nuestro país, moriría de una colecistitis aguda.

En el ámbito científico, Argentina está atravesando por una circunstancia excepcional que de ser aprovechada nos permitiría recuperar parte de nuestro antiguo prestigio. Se da la extraña conjunción de profesionales idóneos, tecnología de avanzada que no nos resulta difícil de adquirir (o al menos no tanto como hace cinco años) y costos de trabajos notablemente menores a los internacionales. Llevar adelante aquí un estudio clínico vale un 40 por ciento menos de lo que cuesta en el exterior. Una bicoca. Con cierto recelo algunos laboratorios extranjeros se acercan y nos ponen a prueba.

Es fundamental aprovechar estas oportunidades, demostrando idoneidad y honradez intelectual. No caigamos una vez más en la “canchereada”

del *piola* o el “lo atamo con alambre”, una variable de nuestro notable ingenio criollo que nada tiene que ver con la metodología científica.

Dejemos de vivir de antiguas glorias, Gardel ya no canta y Leguizamo se quedó de a pie. A Houssey y a Le-loir ya nadie los lee y Milstein es un producto de la perseverancia británica. En 40 años no pudimos demostrar un poco de sabiduría, porque el ocaso de las ciencias comenzó con la triste noche de los bastones largos. Pero no es tiempo de llorar por la percanta que me amuraste en lo mejor de mi vida, sino de mirar al futuro que aun enciende una esperanza. Cualquier desarrollo tecnológico reditúa mucho más que dos cosechas.

La investigación básica y clínica deberá dejar de ser un reducto bohemio, donde se refugian muchos de los que huyen de los avatares del ejercicio profesional. Justamente deberá convertirse en una fuente de trabajo, de crecimiento, de divisas, no en una burocracia parasitaria sino en un emprendimiento de entusiastas que permita a nuestras ciencias biológicas salir de este marasmo intelectual.

Tenemos los medios, la capacidad y el ingenio, debemos mostrar el empuje y la seriedad para demostrar nuestra nueva valía y no la melancólica remembranza de viejas glorias ya idas.

Es una nueva oportunidad que nos regala el destino. De perderla no habrá ninguna cosecha que nos salve.